

CAPÍTULO VIII.

El *Tlalocan*.—Resumen de las ideas de los cronistas.—Opiniones erróneas de los cronistas sobre que el *Tlalocan* era el Paraíso terrenal.—Su refutación.—El *Tlalocan* era el lugar adonde iban á perecer determinados difuntos.—Comprobación.—El himno á *Tlaloc*.—El dios *Tlaloc*.—Su descripción.—Su máscara.—Etimología de su nombre.—*Tlaloc* era sinonimia de la vía láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales.—Pinturas del Códice Borgiano.—Los *Tlaloques*.—Pinturas del Ritual Vaticano.—Aspecto de la vía-láctea en las cuatro estaciones.—*Quechyoletl* de serpentina.—Su descripción.—El arte que revela.—Su parte exterior representa a *Mictlan-cihuatl*, y las dos caras extremas á *Omecihuatl*.—Los brazos ó ramales son el *Tlalocan*.—Parte superior del yugo.—Los dientes de *Tlaloc*.—Comparación con la figura del *Tlalocan* de la urna cineraria del Museo.—La parte superior del yugo representa el *Tlalocan*.—Concordancia de las ideas expresadas en el yugo con las teogónicas de los nahuas.—El Olimpo indio.—Yugo del Museo.—Explicación del Sr. Gondra.—Disquisición sobre el uso del *Quechyoletl*.—Su empleo en los sacrificios.—Nuevas ideas del Sr. Troncoso.—Pruebas del uso del yugo en los sacrificios.—Etimología de *Quechyoletl*.—Sangre de los sacrificados en el yugo.—*Tamoanchan*.—Su identidad con el *Tlalocan*.—Confirmación de las ideas expuestas.

No era el *Mictlan* el único lugar adonde iban los muertos, si bien la gran mayoría de ellos allí perecía. Otro lugar existía para determinados muertos, y se llamaba *Tlalocan*.

El Sr. Orozco y Berra resume lo poco escrito por los cronistas sobre este punto. (1) «El segundo lugar, dice, (2) para el descanso de las ánimas se decía *Tlalocan*, lugar de *Tlaloc*, ó como traducen los autores, paraíso terrenal: era un sitio fresco, ameno, abundante en mantenimientos, tranquilo, satisfactorio y mansion de los dioses llamados *Tlaloques*. Los muertos de rayo, hidrópicos, leprosos, bubosos, sarnosos y gotosos, iban a aquel lugar, y sus cuerpos en lugar de quemados eran enterrados. A los cadáveres ponían semillas de bledos sobre el rostro, en la frente color azul y papeles cortados, y en la mano una vara que debería reverdecer en el paraíso.»

Desde luego volvemos a encontrar el empeño de los primeros frailes, de aduletrar las ideas religiosas de los indios, para acomodarlas á las tradiciones cristianas. Así como en el *Mictlan* creían haber hallado el infierno, suponían en el *Tlalocan* un paraíso lleno de delicias. Si tal cosa fuera cierta, los indios habrían creído en la inmortalidad del alma. Merece, pues, este punto nuestra especial atención.

Sorprende lo muy poco escrito sobre el *Tlalocan* por los primeros cronistas: un párrafo de Sahagún, otro de Torquemada, repetición de aquel, y apenas dos renglones de Mendieta. (3) Hay, sin embargo, dos importantes pasajes de Sahagún relativos á esta materia. Uno es la oración á *Tlaloc*: (4) en ella repetidas veces se habla del cielo y del infierno, manera de traducir *Mictlan* y *Tlalocan*, siguiendo las ideas cristianas. Otro es el discurso que un padre dirigía á su hijo para recomendarle la casti-

(1) Sahagún, tomo I, página 264. Torquemada, tomo II, página 529.

(2) Historia Antigua de México, tomo I, página 51.

(3) Historia Eclesiástica Indiana, página 96.

(4) Historia, tomo II, página 64.

dad. (1) En éste leemos los siguientes párrafos dignos de nuestra consideración: «Hay otro género de personas que también son amadas de Dios y deseadas, y estas son aquellas que son ahogadas en la agua con alguna violencia de algún animal de ella, como del *avizottl*, ó de la *teponastli* ú otra alguna cosa. También aquellos que son muertos de rayo, porque todos estos, dijeron los viejos, que porque los dioses los aman, los llevan para sí al paraíso terrenal para que viviesen con el dios llamado *Tlalocatecutli* que se sirve con *vlli* y con *yauhtli*, y es dios de las verduras; estos así muertos están en la gloria con el dios *Tlalocatecutli*, donde siempre hay verduras, maizales verdes, y toda manera de yerbas y flores; siempre es verano, siempre las yerbas están verdes, y las flores frescas y olorosas. También de los mozuolos y mozuelas que mueren antes de tener experiencia de pecados ningunos, y mueren en su inocencia, en su simplicidad y virginidad; dicen los viejos que estos reciben grandes mercedes de nuestro señor Dios, porque son como piedras preciosas, y porque van puros y limpios á la presencia de Dios. Oye otra manera de gente son bienaventurados y amados, y los llevan los dioses para sí, y son los niños que mueren en su tierna niñez; son como unas piedras preciosas. Estos no van á los lugares de espanto del infierno, sino á la casa del dios que se llama *Tonacatecutli* que vive en los vergeles que se llaman *tonacaquauhtitlan*, (2) donde hay todas maneras de árboles, flores y frutos, y andan allí como *tzintzones* que son avecitas pequeñas de diversos colores, que vagan chupando las flores de los árboles.»

A primera vista se nota en este texto, cómo Sahagún traduce *Micltlan* y *Tlalocan* por infierno y paraíso, para identificarlos con los lugares de pena y premio eternos de los cristianos, desconociendo así por completo la ideología de los antiguos indios. Basta una sola consideración para echar por tierra tales errores: no eran las virtudes ni los sacrificios hechos en esta vida los que decidían del lugar de destino de los muertos. El hombre más bueno, el mejor ciudadano, el mejor hijo, el esposo más fiel, el más ejemplar padre de familia, si su muerte era común, iba al *Micltlan*; mientras un fascinoso, lleno de crímenes, causador de muchos males, y cuya vida había sido un perpetuo escándalo para la sociedad, si moría ahogado ó de muerte de rayo, iba al *Tlalocan*. En ninguna civilización, en ningún pueblo, podía ser el primero el lugar de castigo y el segundo el de premio. Repugna tal idea con los principios más elementales de la justicia; y por fortuna estos son generales en la humanidad. Luego el *Tlalocan* no era tal paraíso, sino otro lugar adonde iban determinados muertos, y nada más.

De ésto se infiere rectamente que allí no había tal inmortalidad. Basta ver que los niños se convertían en pajarillos, para comprenderlo claramente: era la eterna renovación de la materia; pero no la vida eterna del espíritu. No nos dicen los cronistas que los funerales fuesen diferentes para esta clase de difuntos: eran los mismos para todos ellos, y su simbolismo de destrucción después de los cuatro años de viaje, era por lo tanto común para todos. Los unos iban á perecer al *Micltlan*, y los otros al *Tlalocan*.

La llegada de los muertos al *Tlalocan* después de los cuatro años de viaje, está expresamente mencionada en el himno á *Tlaloc*, (3) en el cual se dice: «Después de cuatro años irán adelante, no para ser conocidos, no para ser contados; llegarán á la

(1) Id., id., página 141.

(2) Creemos que hay error en los nombres puestos por Sahagún, tal vez de-imprenta ó de copia, pues los mismos están en el Kingsborough. En nuestra opinión deben ser *Tlalocatecutli* y *Tlaloacaquauhtitlan*.

(3) Brinton. *Rig Veda Americanus*, página 24.

hermosa casa, para unirse en conjunto en la casa de luz de piedra, en el camino de piedra de la casa de luz.» (1) Mr. Brinton, en su nota, (2) reconoce que el compuesto *nauhxiuhlica*, después de cuatro años, se refiere al viaje que durante ese tiempo hacían los difuntos para llegar al palacio de *Tlaloc*, al cual, siguiendo á los cronistas, llama también paraíso terrestre. (3)

Comprobado, que así como la generalidad de los difuntos iba al lugar llamado *Mictlan*, en donde perecían, y que los ahogados, muertos de rayos y los niños, iban á perecer al *Tlalocan*, es ahora importante averiguar en dónde colocaban los indios este sitio.

Acaso se tendrá por audaz nuestra opinión, por lo menos enteramente nueva; pero nuestro sistema de estudio consiste precisamente en no seguir ningún sistema, en no apegarnos á lo que otros escritores han dicho, en ir corrigiendo nuestras ideas anteriores por el resultado de constantes averiguaciones, y reducirnos á consignar lo que encontramos, sin creer precisamente que hayamos llegado á lo cierto; pero sí con la convicción de haber andado algunos pasos en el camino de la verdad, que otros más felices ó más capaces llegarán sin duda á recorrer hasta su extremo.

Veamos ante todo lo que los historiadores dicen sobre el dios *Tlaloc*. Aquí también seguiremos al Sr. Orozco y Berra, que resume lo escrito por aquellos.

«El dios del agua, dice el Sr. Orozco, (4) era *Tlaloc*. El nombre parece indicar, fecundador de la tierra, lo cual se aviene con el dictado que le daban de engendrador de las aguas. *Tlaloc* ó *Tlalocatécuhli*, según aparece en una pintura que á la vista

(1) Aparte de que pudiéramos considerar los himnos nahuas adulterados por los primeros frailes ó por los indios convertidos, Mr. Brinton se preocupa como ellos, de su consonancia con las ideas cristianas. Así, termina la traducción de este versículo diciendo: «y conocerán la doctrina.» Esta palabra doctrina, solamente puede tomarla de la mexicana del texto: *teiscalliquetl*. *Teiscali* es en el Vocabulario de Molina, foja 96, «cosa que da doctrina y abiuá y da entendimiento.» No se trata, pues, de doctrina religiosa, ni de ir á conocer la doctrina, sino que la palabra se refiere á lo que en lo general enseña. Pero además fijémonos en que la madre creadora es la casa de luz de piedra, y por eso metafóricamente se llama lo mismo al pensamiento. En los cantos sagrados debemos buscar, no la significación vulgar de las palabras, sino la teogónica; y ni aun la vulgar se opondría á nuestras ideas.

(2) *Ibid.*, página 26.

(3) En este texto hay algo muy notable, una idea velada en las frases del versículo; pero que con los conocimientos que ya tenemos, se percibe claramente. Los difuntos llegan al *Tlalocan*, después de los cuatro años del viaje mortuorio, *no para ser conocidos, no para ser contados*: si los mexicas hubiesen creído en la inmortalidad, los difuntos habrían sido allí conocidos, porque los seres inmortales conservan su personalidad; y por lo mismo habrían sido contados. Por el contrario, agrega el texto que iban á unirse en conjunto, es decir, á confundirse en el *Tlalocan*. Es la materia muerta siempre confundiendo con la materia creadora. Por eso la materia difunto que llega de la tierra y á la materia cósmica se mezcla, ya no puede ser conocida, y las muchas materias difunto ya mezcladas y confundidas con la materia madre, ya no pueden ser contadas. Ya todas unidas á la casa de luz de piedra, ó sea á la materia astronómica creadora, forman un todo con ella; y ésta sigue constantemente creando, y constantemente recibiendo la materia muerta, y siempre renovándola y dándole nueva vida, en la incesante y eterna elaboración cósmica. Así, era la misma la idea nahua respecto de los muertos que iban al *Mictlan* y los que iban al *Tlalocan*. Y no podía ser de otra manera. Como ya hemos observado, los nahuas tenían un sistema teológico perfecto, una filosofía completa, lógica y profundamente elaborada; todo establecido sobre bases fijas é inmutables; y si á veces aparecen deficiencias ó contradicciones, débese solamente, ó á mala interpretación de los textos, ó á que los primeros cronistas no supieron expresar ideas tan ajenas de las suyas y tan extrañas para ellos, tanto más cuanto que su ánimo y la poca ilustración de su época los preparaba más para la piedad que para la filosofía.

(4) Historia antigua de México, tomo I, página 53.

tenemos, está en figura de un hombre bien formado: lleva en la cabeza una diadema de plumas blancas y verdes, con un adorno de plumas rojas y blancas; el pelo largo tendido á la espalda; al cuello una gargantilla verde como agua; del cuello al muslo, sin mangas, una túnica azul, con adornos como red, prendidas las mayas con flores; adornos de oro en las pantorrillas, pulseras *chalchihuitl*; en la una mano el *chimalli* azul profusamente adornado de plumas amarillas, verdes, rojas y azules, y en la otra una lámina de oro aguda y hondeada representando el rayo: el cuerpo es negro. Nunca podía verse el rostro de los dioses, y por eso aquellas divinidades le tenían cubierto con una máscara. La de *Tlaloc* es muy característica: es un ojo circular rodeado por una curva particular, que en la parte inferior se prolonga hacia abajo, para encorvarse de nuevo hacia arriba; lleva una encña roja, de la cual se desprenden unos dientes largos, curvos y agudos. Ese conjunto *sui generis* aparece en las pinturas jeroglíficas, ya como el nombre del dios, ya como el símbolo de la lluvia.» Y más adelante agrega: (1) «Refiérese la antigüedad del culto de *Tlaloc* al tiempo de los toltecas: nos persuadimos á que pertenece á una religion y época anteriores, porque los toltecas á los principios fueron deístas, y al fin cayeron en la idolatría.»

En las anteriores líneas lo primero que llama la atención, es lo poco que estudiaron los cronistas la personalidad teogónica de deidad tan importante, pues únicamente nos dicen que fué dios de las lluvias. En cuanto á la antigüedad de su culto, cierto es que se remonta á la época de los nahuas; sin que tenga razón el Sr. Orozco en llamar deístas á los toltecas, porque su idolatría astronómica se manifiesta clara desde los principios de su establecimiento en Tollan, pues comenzaron por dedicar al sol y á la luna las dos pirámides de Teotihuacan.

La etimología de los nombres de los dioses es, sin duda, buen medio de conocerlos. El Sr. Orozco dice que el nombre de *Tlaloc* parece indicar fecundador de la tierra. La raíz *tlal* bien se refiere á tierra; pero *oc* no da la idea de fecundador. Buscando esa importante etimología, escribimos en nuestra Historia Antigua lo siguiente: (2) «Entre los nahoas fué también de los primeros el dios *Tlaloc*. Esta divinidad representa el elemento agua. Su nombre viene de *tlalli*, tierra, y de *octli*, vino de maguey, porque las lluvias son el vino que vivifica y refresca la tierra.» (3) Esta etimología me pareció entonces buena, y fué bien aceptada; pero después he reflexionado, que ni tiene significación astronómica, ni los indios consideraban el pulque como licor vivificador, sino como causa de la embriaguez, la cual era tan odiada de ellos, que condenaban con pena de muerte á los borrachos. En último caso podía ser esta la significación vulgar; pero sin duda no era la astronómica. Díme á buscarla, y creo haberla encontrado. Los elementos de la palabra *Tlaloc* no varían ni pueden variar: son *tlalli* y *octli*. Ahora bien: hemos visto ya cómo *tlalli* astronómicamente se aplica á todo cuerpo celeste. Esto nos daría la etimología astronómica de *Tlaloc*: cuerpo celeste de pulque. Los pueblos antiguos del viejo continente llamaron á la gran nebulosa vía-láctea, porque les pareció camino de leche, á causa de su forma y su color lácteo. Los nahuas no tenían los animales que más comunmente producen la leche que se consume, como vacas, cabras, etc. En cambio tenían el pulque, cuyo color y aspecto bien les significaba los de la vía-láctea. El dios *Tlaloc*, pues, era otra sinonimia de la vía-láctea. (4)

(1) Ibid., página 55.

(2) Página 99.

(3) Explicación parecida da el Intérprete del Códice Vaticano. Tavola LVII.

(4) Desde luego parecerá audaz mi aseveración; pero recuerdo que cuando por primera vez dije al Sr. Orozco y Berra que *Tescatitoca* era la luna, no pudo menos de echarse á reír y mote-

La etimología nos parece correcta, y da la significación que asentamos. No podemos, por lo mismo, admitir la del sabio Mr. Rémi Siméon, el cual en su Diccionario dice: (1) «La imagen del *Tlaloc* representa un hombre recostado sobre la tierra. RR. *tlalli, onoc.*» En primer lugar jamás hemos visto representado á *Tlaloc* en esa postura: casi siempre está de pie, como puede verse en la pintura del Atlas del P. Durán, Apéndice, á la cual se refiere el Sr. Orozco y Berra en el párrafo antes citado. En segundo lugar esas palabras, conforme á las reglas de composición del mexicano, nos darían *Tlalonoc*, y nunca *Tlaloc*.

Resultan, pues, sinonímicas las deidades *Tlaloc* y *Mictlancihuatl*: y como los nahuas habían colocado el *Mictlan* en la parte norte de la vía-láctea *Mictlancihuatl*, podemos por inducción lógica decir, que á su vez colocaron el *Tlalocan* en los ramales de la vía-láctea *Tlaloc*. Veamos si las pinturas jeroglíficas confirman esta idea. Pero desde luego fijémonos en la máscara de *Tlaloc*, cuyos ojos se unen generalmente por medio de un retorcido que forma la nariz, pues se asemejan mucho á las dos ramas con asteroides que hemos visto en el árbol florido en que la vía-láctea *Cuetzpalin* se metamorfoseó.

Recurramos en primer lugar al Códice Borgiano. Inmediata á la pintura del *Mictlan*, la cual está en la página 32, hay en la 31 otra, que si se observa bien, es la continuación de aquella: abierto el Códice en esas dos páginas, se percibe claramente cómo las dos pinturas son un todo. Para mayor claridad reproduciremos la descripción que de esta pintura hace Fábrega. Dice: (2) «La presente página contiene 2 cuadros, uno superior, otro inferior; ambos con orla que parece cornisa, semejante á la de los 2 cuadros anteriores; con esta diferencia: que la del cuadro superior está formada por un cuerpo varonil, ceniciento, vorticoso y con vírgulas, dividido por una línea roja; la cabeza de este cuerpo obsérvase arriba; sus brazos y piernas hacia los ángulos exteriores; hacia los interiores vense cuatro caracteres rituales dentro de ciertos círculos: por el orden por el cual observamos á los de la página precedente, son los que siguen: *Ehecatl* en el inferior derecho; *Mazatl* en el superior derecho; *Malinalli* en el superior izquierdo; *Ollin* en el inferior izquierdo. Si debe vérselos con este orden serán ellos los característicos de los cuadrienios é indicciones del 18 ciclo *Ehecatl.*»

Dejando á un lado en este párrafo lo que á la parte cronológica se refiere, encontramos dos cuadros con la cornisa con garras, la cual, según hemos visto antes, simboliza á la vía-láctea: de manera que por inducción clara podemos decir que sin duda representan dos partes de la misma vía-láctea. Siguiendo los nahuas su sistema constante de la dualidad, á una la dan el caracter masculino con el cuerpo varonil, y á la otra el femenino por medio de un cuerpo rojo de mujer, adornado de estrellas. (3) Ahora bien: su unión á la faja del *Mictlan*, ó sea á la parte compacta de la vía-láctea que queda en el norte, nos hace suponer con fundamento que estos dos cuadros son la representación de los ramales de la nebulosa que bajan al sur hasta la Cruz, pues no podemos tomar en consideración á la Mosca, porque quedan casi todas sus estrellas, respecto de México, en el círculo de perpetua ocultación.

jarme, como otros lo han hecho, de visionario. Sin embargo, después el mismo Sr. Orozco, ya con mi idea y con sus estudios, la aceptó en su Historia antigua de México, tomo I, página 122, en donde también admite sus luchas con venus, de las cuales yo el primero había hablado en el Apéndice del P. Durán.

(1) Página 544.

(2) Página 145.

(3) Página 147.

¿Serían acaso estos ramales el *Tlalocan*? Sigamos viendo la explicación de Fábrega. Dice en el segundo párrafo: «Ocupa el centro de este cuadro superior una figura femenil sentada sobre los muslos, abierta de brazos y piernas; su cabeza y cara son rojas, inclinada la primera sobre su hombro derecho (sic); tiene ojos vendados y boca de calavera; su busto es amarillo y cenizos los brazos y piernas. Cubre su vientre un paño rayado de blanco y negro, y está colocado encima de él un corazón que tiene ojos y boca, de la cual salen vírgulas; cuelga ese corazón de cintas, á modo de gargantilla, y de él saca su pie una figurita negra, con cara de calavera; la cual figura, tendiéndose hacia la izquierda, se traga el cuerpo de un reptil que tiene cabeza de *Ehecatl*. Rodeando á la misma mujer hay otras seis en diversas actitudes y de colores variados: de las 2 que á la derecha están, la inferior es amarilla y roja la superior: ambas tienen los ojos vendados, y están derramando de un vaso con aspecto de calavera, que mantienen entre sus manos levantadas, un chorro de agua con estrellas; el cual, formando parábola, termina sobre otras cabezas rojas, con brazos negros y manos amarillas provistas de garras. Esos chorros de agua parabólicos pasan sobre otras figurillas negras varoniles que se disponen á saltar hacia la izquierda apoyando sus rodillas izquierdas y pies derechos encima de la orla de ciertos canastos ó vasos, adornados de ojos y bocas. Obsérvanse á la izquierda otras 2 figuras femeniles caminando á gatas y ofreciendo sus criaturillas debajo de un velo que de sus frentes pende: ambas tienen careta y venda en los ojos; la superior, cuya careta es amarilla, lleva en las espaldas una planta de maguey: la inferior, con máscara roja, carga una planta de *malinalli* ó *centli*. Se ven las dos restantes debajo del cojín de la mujer principal: son negras, quedan una enfrente de otra, y van descendiendo por la abertura inferior que deja la cornisa expresada.»

Sin duda este cuadro representa más de lo que podemos comprender por ahora; pero refiriéndonos á nuestro intento, desde luego haremos notar que si la figura con calavera de la cornisa es la vía-láctea *Mictlancihuatl*, la central es una figura de mujer de cuyo vientre salen dos figurillas con estrellas por ojos, es decir, la paridora de astros, la misma vía-láctea.

Pero más importantes todavía son las figuras laterales. Las de la izquierda son dos mujeres, de las cuales una lleva á la espalda el símbolo *malinalli*, y ya veremos cómo la diosa *Malinalli* es sinónfima de *Coatllicue* la vía-láctea: y la otra lleva un maguey, del cual se saca el pulque *octli*, lo cual bien se refiere á la deidad *Tlaloc*. A este dios hacían sacrificio de niños pequeños, y ambas figuras están presentando á la deidad central sus hijos, como en holocausto. Las figuras de la derecha son aún más significativas, pues ambas están arrojando chorros de agua. Ahora bien: había, como dice el Sr. Orozco, (1) muchos dioses subalternos de *Tlaloc*, los cuales se denominaban con la palabra plural *Tlaloque*. Estos dioses menores arrojaban á la tierra agua con cántaros, cuando llovía; y para hacer el ruido del trueno, pegaban con unos palos dentro de los mismos cántaros. Son, pues, los *Tlaloques* las figuras de la derecha, lo cual demuestra que el cuadro representa el *Tlalocan*. Pero todas estas figuras tienen por cabeza calaveras; tanto las que ofrecen á los niños en sacrificio, como las que arrojan el agua: lo cual da una nueva significación á la pintura, porque expresa que en aquel lugar, es decir, en el *Tlalocan*, iban á fenecer los niños y los ahogados.

Respecto del otro cuadro dice Fábrega: (2) «El cuadro inferior tiene también orla en forma de cornisa; de cuerpo femenil rojo, adornado de estrellas y dividido en medio por línea verde, coronado ese cuerpo de cabeza roja echada para atrás hacia el

(1) Historia, tomo I, página 54.

(2) Página 147.

hombro derecho; brazos en los ángulos superiores, y muslos cubiertos de saya en los inferiores.... En medio del cuadro adornado por esa cornisa, está sentada sobre una serpiente bicípite otra mujer abierta de brazos y piernas; de cabeza y cara rojas, inclinada la primera hacia atrás, sobre su hombro derecho, y que tiene los ojos vendados. Su busto es amarillo, y también las extremidades de sus pies y manos: rojos por mitad sus brazos y muslos. Tiene sobre su vientre un joyel de cuyo centro pende un paño de forma cónica terminado abajo como si fuera fleco de 7 puntas, cada una de las cuales á su vez terminada por circuillos alternativamente amarillos y cenicientos. Por el centro del mismo joyel saca el pie una figurilla de color amarillo, la cual desciende sobre otra figura supina de cuerpo extraño; es decir, hecho de un trenzado semejante al que se vió en el fondo del globo de la página 29; y aquí, en la abertura inferior de la cornisa nombrada. Dentro de las mandíbulas de la serpiente bicípete sobre la cual está sentada la mujer, se ve á la derecha una calavera roja y á la izquierda otra de color amarillo. Al derredor de la mujer principal hay otras cuatro; las 2 de la derecha son: amarilla una y la otra roja con máscara blanca, y estando una frente de otra levantan con sus manos ciertas ánforas y vierten chorros de agua que, cruzándose al caer, pasan sobre una criatura negra que se ve agazapada dentro de un *cozollí* ó cuna blanca con puntos amarillos, adornada de ojos y boca, y cuya orla superior es amarilla y roja. De las dos mujeres que están á la izquierda la superior es negra, roja la inferior, y en ambas el corazón sale de sus pechos: están ofreciendo sus criaturitas puestas dentro de sus cunas, juntamente con ciertas hojas: las cunas tienen ojos y boca, siendo la superior cenicienta (sic) y su criatura de cabeza roja, y la inferior amarillenta con criatura que tiene amarilla la cabeza.»

Hemos querido reproducir literalmente la explicación de Fábrega, para evitar que se creyese arbitraria la nuestra. La orla representa á la vía-láctea, según hemos visto ya en otras pinturas; y la mujer del centro lleva en su útero el mismo signo astronómico, un círculo con cuatro puntos, que hemos observado en el sapo del Museo y en la lagartija de Palemke, lo cual la identifica con aquellas representaciones de la vía-láctea. La figura central es, pues, la misma vía-láctea: lo cual se confirma con la culebra bicípite sobre que está sentada, pues ésta es también su representación, como se ve en la página 29 del Códice Borgiano, antes explicada. Este cuadro es el otro ramal de la vía-láctea.

Pero en éste, como en el anterior, hay igualmente la ofrenda y sacrificio de niños, y están los *Tlaloques* arrojando agua de unos cántaros: luego ambos cuadros son los ramales de la vía-láctea y representan el *Tlalocan*.

Lo dicho sería bastante, en nuestro concepto, para demostrar que *Tlaloc*, el cuerpo astronómico de pulque, era la misma vía-láctea; mas es tan nueva la idea, y debe parecer tan atrevida, que se hace necesario buscar su confirmación en otras pinturas y en otro Códice, para comprobar, no sólo si tal idea es cierta, sino también si era general en la teogonía nahua. Para esto escogeremos el Ritual Vaticano, uno de los más auténticos y preciosos Códices.

Hay en él cuatro páginas, las 45, 46, 47 y 48, últimas de la faja superior, las cuales en la parte de arriba tienen una orla que representa el firmamento y la nebulosa, y en la de abajo los signos de los días. No haciendo caso de la parte cronológica de estas pinturas, porque ahora no estamos tratando de esa materia, nos encontramos en cada una de ellas una imagen diferente de *Tlaloc*. En la primera el dios y su traje son rojos con adornos amarillos, los dos colores del fuego. El ojo del dios es una estrella, y lleva otra por orejera. Por casco tiene al *Cipactli* con ojo también de estrella y de adorno el *Ometecpatl*. Esto desde luego da un carácter plenamente astronómico á la figura. En la mano derecha lleva una hacha, y en la izquierda empuña una culebra

de cascabel, con lengua bífida y con los mismos dientes del *Tlaloc*. Rodea á la figura una curva adornada, toda amarilla con puntos rojos de estrellas, símbolo también de la vía-láctea. Enfrente está un templo con el signo de la noche y sobre él una planta con mazorcas de maíz. El *Tlaloc* dentro del *Cipactli*, es la vía-láctea en el firmamento. Confirma ésto el pecho de la figura: es una manera de cuba de agua azul con la culebra bicípite, símbolo de la misma vía-láctea. La segunda figura está dentro de la misma curva de la vía-láctea, pero semeja distinta forma ó posición. En las manos lleva el hacha y la culebra; y enfrente tiene un altar, en el cual se enrosca otra culebra. Pero aquí la deidad es oscura con rayas negras, y su rostro, dentro de un casco adornado del *Cipactli*, es igualmente oscuro y negro; y de su boca sale la curva de la vía-láctea. La tercera pintura es más sencilla: la cara del *Tlaloc* dentro del *Cipactli* con un *Tecpatl* sobre los dientes, el hacha y la serpiente en las manos, á la izquierda un signo curvo, al parecer también de la vía-láctea por sus círculos trenzados, y enfrente un cesto con mazorcas, una olla y una planta. La última pintura es, en nuestro concepto, la más notable, y la más decisiva en esta cuestión. El *Tlaloc* levanta la cabeza hacia arriba, y tiene un tocado muy raro, una especie de copa con dos ligaduras en el centro, de la cual salen dos cintas y uno á manera de *Tecpatl*. Su ojo es una estrella, el beril que atraviesa su nariz tiene estrellas en las extremidades, y de sus dientes sale otro *Tecpatl*. Sus orejeras, lo mismo que el tocado y las dos cintas que caen de cada uno de sus brazos, están llenas de puntos que semejan estrellas. Su cuerpo está desnudo; pero también lleno de puntos semejantes. Por collar lleva siete hojas secas. El numeral siete ya lo hemos visto en el tocado de la *Omecihuatl* del Museo. Las hojas secas son símbolo de la noche. La figura está sobre un *Cipactli* en forma de lagarto, el cual tiene en la boca un hombre desnudo, al parecer muerto. La franja superior de la página está formada por las flores signo del firmamento, y la inferior es una corriente de agua. Lo descrito nos da la siguiente lectura: La vía-láctea, ó sea la figura llena de estrellas, luce en la noche, representada por las hojas secas, sobre el firmamento *Cipactli*. La figura tiene como collar una culebra de cascabel, símbolo de la misma vía-láctea, como ya hemos visto. En la mano derecha empuña el hacha, y con la izquierda toma la línea norte de la vía-láctea, la cual sale de su boca y cae en dos ramas, una á la izquierda que llega hasta el agua inferior y penetra en ella, y otra á la derecha que entra en la boca del *Cipactli*: de ésta se desprende una corriente de agua; lo cual, en nuestro concepto, viene á demostrar que el *Tlalocan* estaba en los ramales de la vía-láctea. Agreguemos un último detalle importantísimo: la figura tiene un miembro viril en erección. El *Xipe* manifiesta el poder creador, y no tratándose aquí del dios del fuego, claro es que representa á la vía-láctea. Esta pintura, más que las tres anteriores, convence de que *Tlaloc* era la misma vía-láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales. En nuestra opinión las cuatro pinturas representan el aspecto de la vía-láctea en las cuatro estaciones del año.

Pudiéramos citar otras pinturas de otros Códices en apoyo de estas ideas, pero no queremos ser difusos. Sí nos ocuparemos en el estudio de una antigüedad importantísima que las confirma. Es un *Quechytell* ó yugo de serpentina, (1) de color verde con pequeñas manchas blancas, y una grande, blanca también, en uno de sus brazos. Mide de largo, tomando la medida del centro de la curva, 44 centímetros; de altura 10; de ancho en el centro 9, y en los brazos de 8 á 9, según las labores. En la parte inferior interior tiene 22 centímetros, y disminuye hasta 18 en la inmediación de la curva. La parte interior y la inferior del yugo están sin labrar, y ricamente esculpi-

(1) En la lámina va reducido por la fotografía, para acomodarlo á su tamaño.



LIT DEL TIMBRE IMPRIMID

Quechycatl, de serpentina.

COLECCION CHAVERO.



G. LOPEZ, LIT.

das la exterior y la superior. Es el *Quechyotettl* más hermoso que conocemos, y una de las antigüedades más admirables que puedan verse, y que más revela cuánto habían adelantado los indios.

Las figuras y toda la ornamentación del yugo están esculpidas en alto relieve. Lo primero que impresiona es el pulimento tan perfecto dado á una piedra tan dura, pues se siente al tacto lisa como mármol. Por la dureza de la roca, pues el cincel de acero ni siquiera la raya, son más de admirar los altos relieves en ella esculpidos. El trabajo es exquisito y notablemente acabado. El lujo de detalles es extraordinario, y su buen gusto descubre un gran sentimiento estético. Sin duda hay más arte en esta pieza, que en las mejores conocidas de los egipcios: y sin que nos atrevamos á compararla con las griegas, creemos que después de éstas es de lo mejor que la antigüedad puede presentarnos. Hay algo que mucho debe llamar la atención en los tres rostros esculpidos en esta piedra: es la libertad de cincel del artista, pues verdadero artista fué quien las esculpió. No sigue la forma litúrgica, de por sí necesariamente amanerada y dura: busca la reproducción fiel de la naturaleza, en líneas suaves y en contornos correctos, lo cual da por resultado buen dibujo y carácter completo á los rostros. Igualmente es de gran gusto artístico la parte de ornamentación. El conjunto, pues, resulta perfecto, y sorprende desde la primera vez que se le contempla. Vamos ahora á estudiar el yugo en todos sus detalles, y á ver cuánto nos enseña.

Tres son los rostros que tiene: uno en el centro como principal, y otro en cada una de las esquinas terminales de los brazos. El mejor del Museo no tiene estas figuras, y el famoso de Ranas apenas si las muestra en bajo relieve.

La cara principal, la cual ocupa el centro de la parte exterior del *Quechyotettl*, es una mujer de pómulos salientes, nariz recta y facciones severas; y sus ojos están cerrados, manera conque los indios significaban la muerte. Lleva orejeras redondas á modo de estrellas, de las cuales penden unas plumas y otra estrella más pequeña. Su tocado se compone de un plano horizontal, del cual bajan en ángulo recto dos planos verticales más cortos. La ornamentación del plano superior se forma de un tejido de cuatro círculos, cada uno con punto central, coronados por dos grandes símbolos de la palabra: á la de los lados no hallamos significación. Pero de los planos de los lados sale de cada uno otro signo de la palabra, que por la parte superior tiene un reborde en su extremidad, con lo cual se convierte en *Xipe*, siendo el reborde el glande del miembro viril. Veamos qué nos dice todo esto.

Las dos caras de las extremidades, las cuales presentan un perfil correctísimo, frente amplia y nariz recta, y están también con los ojos cerrados significando la muerte, tienen orejeras de estrellas igualmente, y su tocado, muy semejante al de la cara principal, es de la misma manera un plano horizontal con dos menores verticales, adornado con dos signos de la palabra; pero en el centro tienen cinco puntos en relieve, sobre ellos un adorno que parece una caña *Acall*, y junto á ésta, á cada lado, tres dientes. Estas dos caras nos dan la deidad *Omecihuatl*. De aquí se infiere que esta misma deidad está representada en la cara principal, igual á las otras dos. Si recordamos la *Omecihuatl* de la loza del Museo, ya descrita, observaremos en ella un tocado semejante: un plano superior horizontal del cual caen á los dos lados de la cara dos planos menores verticales. La *Omecihuatl* es la creadora, y su poder se expresa por los signos de la palabra y por los *Xipe* en ellos figurados. Las orejeras de estrellas tienen la misma significación. Las curvas entrelazadas que sobre la frente de la deidad forman cuatro círculos con puntos, representan á los cuatro astros cronológicos. Estas curvas entrelazadas son iguales á las que hemos visto varias veces en las cornisas que representan á la vía-láctea; y son los mismos cuatro círculos que están en la pintura de la creación de la *Cuetzpalin* en el Códice Borgiano. Pero si la

cara principal del yugo es la *Omecihuatl*; (1) por tener los ojos cerrados, en representación de la muerte, es aquí especialmente *Mictlancihuatl*. La figura aparece en el yugo como acostada sobre el vientre, y se extiende por ambos lados. Se ve de cada lado un brazo tendido con la mano cerrada empuñando un báculo. En las pinturas jeroglíficas muchas veces se observa á las deidades astronómicas con báculos en las manos, sin que hasta ahora hayamos podido comprender exactamente su significado; pero claro es que aquí también se refiere á algún signo astronómico, tanto más cuanto que de él sale una flecha ó rayo de luz, y tiene á los lados signos de la palabra. En las manos están perfectamente determinados los dedos, las uñas, las palmas y las pulseras. Sigue el cuerpo, y de él se desprenden las piernas con ajorcas, y terminan en garras, como las de *Coatlícue*. El todo, pues, representa á la deidad creadora vía-láctea.

Pero en los dos brazos del yugo hay una particularidad que los caracteriza: en ambos, entre las manos y las piernas de la figura principal, hay en cada uno un *Acatl*. Ahora bien: de los cuatro signos cronográficos el *Acatl*, con referencia á los elementos, representa el agua. Como *Tlaloc* era el dios del agua, esto bien expresa que en los brazos ó ramales de la vía-láctea estaba el *Tlalocan*: lo cual se confirma con los dos rostros de la parte inferior de los dos brazos, pues además de tener por tocado un *Acatl*, llevan á su lado, debajo del signo de la palabra, los dientes de *Tlaloc*.

Por lo tanto, la parte exterior del yugo nos da, como la misma vía-láctea, en su parte superior el *Mictlan* presidido por *Mictlancihuatl*, y en sus dos brazos ó ramales el *Tlalocan* significado por el elemento agua.

Examinemos ahora la parte superior del yugo, á ver lo que nos revela. En ella leemos desde luego la solución definitiva del problema que nos ocupa. Coronan la figura del centro dos signos de la palabra, y debajo de ellos hay dentro de dos cuadrados dos rayos de luz, y salen de éstos los dos *Xipe* de que ya hemos hablado. Se trata, pues, de una deidad creadora. Debajo se ve dos ojos á manera de estrellas con puntos dentro, y entre ellos los cuatro dientes de *Tlaloc*, los cuales aquí tienen una depresión en su parte superior, igual á la que veremos en los de la cruz de Teotihuacan. Esto nos dice que el yugo representa á la deidad creadora *Tlaloc*; y como la parte externa de él nos ha dicho que representa á la deidad creadora *Mictlancihuatl*, resulta que ambas son sinónimas, y ambas son nombres de la vía-láctea.

Esta manera de figurar á *Tlaloc*, nada más con los ojos y los dientes, es común en las pinturas jeroglíficas. Nos bastará citar la página 74 del Ritual Vaticano, en donde está representado únicamente con los dientes y sobre ellos un círculo, el ojo ó antejo del dios.

El resto de la parte superior del yugo se compone de varios relieves con algunas estrellas, y entre ellos algunos hundimientos, que acaso signifiquen las oquedades de la vía-láctea. El yugo del Museo representa una culebra informe con lengua bifida, y tiene también oquedades en las ramas de los brazos. Ya hemos visto cómo la *Coatl* era uno de los símbolos de la vía-láctea.

Si comparamos la figura esculpida en la parte superior del yugo con la del *Tlalocan* labrado en el fondo de la urna cineraria del Museo, (2) nos sorprenderá desde luego su semejanza. Los dos mismos círculos con puntos formando los ojos, debajo

(1) En las narices, de ventana á ventana, tienen las tres caras un taladro curvo, el cual servía sin duda para colgar alguna joya alusiva. Acaso era la pirámide inversa, símbolo de *Omecihuatl*. Es de sentirse la desaparición de esos adornos, pues habrían completado la identificación de la deidad representada en las caras del yugo.

(2) El Sr. Peñafiel y yo creímos que esta urna era la cineraria de Ahuizotl. El Sr. Troncoso, en el Catálogo de la Exposición Mexicana en Madrid tantas veces citado, probó nuestro error, pues

de ellos los dientes simbólicos de la deidad, y todo sobre un plano más hundido, como si fuera reducción del rostro. La diferencia entre ambas está en el tocado. La máscara de la urna lo tiene formado por una espléndida diadema de plumas y estrellas: la del yugo por rayos de luz, signos de la palabra y *xípeme*; pero ambos dan igual significación teogónica y astronómica. En la frente de la máscara de la urna del Museo hay ocho círculos, que faltan en la del yugo; pero en éste están repartidos tres á cada lado en los dos brazos, y dos por ojos. No hay, pues, ya ninguna duda: el *Tlalocan* estaba en la vía-láctea.

La representación simultánea en el yugo, del *Mictlan* y el *Tlalocan*, así como su colocación en la vía-láctea, corresponde perfectamente á las ideas teogónicas de los nahuas. La *Omecihuatl* era al mismo tiempo la creadora y la destructora; quien daba la vida y daba la muerte: por eso en la parte norte estaba el *Mictlan*, lugar de la muerte, y en los ramales el *Tlalocan*, lugar principalmente de vida y de placeres. Por eso también el himno á *Tlaloc* dice: «Mis padres toman por la cabeza á los tigres y á las serpientes: en el *Tlalocan*, en la casa verde, juegan á la pelota.» Los padres eran los dioses astronómicos, y el juego de pelota era simbólico del movimiento de los astros. Era, pues, el *Tlalocan* una especie de Olimpo de los dioses nahuas: no el lugar de inmortalidad de los hombres, como malamente han querido hacer creer, ó han creído de buena fe los viejos cronistas, y con ellos algunos historiadores preocupados.

Hablando del yugo del Museo dice su antiguo Director, el Sr. Gondra: (1) «El último (de varios objetos antiguos que va describiendo) es una especie de arco, procedente también de la primera expedición de Dupaix, y que con otro semejante fueron conducidos á este establecimiento de la ciudad de Orizaba. Al describirlos en su Lámina V, dice: «que son de jaspe verde claro, que su escultura manifiesta un alto relieve, trabajado con mucha prolijidad y simetría, y cada uno separado tiene cerca de vara de alto, y media de ancho; su figura es algo ovalada y reunida por sus extremidades, formando una especie de óvalo prolongado. Es dificultoso en las obras de esta nación mexicana poder acertar en muchas sobre su legítimo uso, y aun la esplicación material de sus contornos, por ser de una clase original. Es necesario el recurso de la delineación de ellas, cuya vista satisface más que las descripciones más prolijas.» — Al anotar los Sres. Baradere y Saint Priest este precioso monumento, dicen que su forma singular semeja á una puerta triunfal, que estaria decorada de hojas de opuncia y de otras plantas del país esculpidas en relieve. Dupaix habia dicho que se parecia á otros, hechos por los japoneses en jaspe verde claro, y cuya altura era de tres piés; pero en su opinion no podrá ser de jaspe ni aun de jade, porque hasta ahora no se han visto trozos tan voluminosos de esta materia, para hacer esculturas de tres piés de altura, por lo que calcula que será mas bien de granito verde ó de serpentina, cuya materia se conoce bajo el nombre de ophitas. En efecto, así es la verdad, los arcos de que se trata son de pórfido verde, el uno claro y el otro oscuro; pero ademas hay en el Museo otro, que sin estar tan bien labrado, presenta la misma configuración, habiendo sido traído de Chiapas. En cuanto á su uso, los editores mencionados aseguran que no puede ser conocido para ellos, pero que podría suponerse, sin aventurar mucho, á la verdad, que son una especie de caballetes, con los cuales se estendian las víctimas designadas que se sacrificaban á los dioses. Se colocaba este caballete sobre

habíamos tomado por el signo jeroglífico de aquel rey de México, una figura que, estamos convencidos, es la del *Cipactli*. Pero el Sr. Troncoso acepta nuestra clasificación de *Tlalocan* para la máscara esculpida en el fondo de la urna.

(1) Explicación de las láminas pertenecientes á la Historia antigua de México y á la de su Conquista, que se han agregado á la traducción mexicana de la de W. H. Prescott, publicada por Ignacio Cumplido, página 85.

los riñones de la víctima, de manera que el pecho estuviese dando la vista al cielo, la cabeza inclinada al lado del altar, y las piernas colgando del otro lado. Entónces se abría el pecho á la víctima para sacarle el corazon y presentarlo al ídolo, en cuyo honor se hacia el sacrificio. Todos los historiadores que han escrito sobre la conquista de México, están de acuerdo en haber visto estos caballetes ó arcos en los lugares destinados á este uso, y que eran de piedra dura y verde. «Mas adelante, dice D. Antonio de Solís, se elevaba á cinco piés de altura, una piedra verde tallada, en donde se estendia sobre el cuello del infeliz que debia servir de víctima, á fin de abrirle el pecho y sacarle el corazon.» Si esta conjetura sobre el monumento de que tratamos no parece fundada, seria preciso recurrir á la idea de que fuese un objeto puramente de diversion.—Aunque las razones alegadas no prestan fundamento para creer muy cierta la conjetura de los Sres. Baradere y Saint Priest, puesto que los originales solo tienen quince pulgadas en su mayor altura, lo que dista mucho de los tres piés de los arcos japoneses y de los 5 piés que dice Solís; con todo, el no haberse encontrado esta clase de arcos sino en México, Tlaxcala, Orizaba y Chiapas, y en tan corto número, podia hacer verosímil que su destino fuese esclusivo de los grandes templos.—Es digno de notarse que estando perfectamente pulidos por todas partes, y aun labrados en sus piés, solo se halla sin pulimento la parte interior, acaso para oprimir mejor los riñones ó el cuello de la víctima. Un vecino de Tlaxcala me ha ofrecido remitir un arco semejante, y en el Museo del ex-conde del Peñasco hay otro, únicos que han llegado á mi noticia que hasta ahora se hayan encontrado.»

Hemos querido reproducir íntegro este relato del Sr. Gondra, porque en realidad es el primer estudio sobre tan raras y curiosas piedras. Su forma, semejante á la de los yugos con que se unce á los bueyes, ha hecho que se les llame vulgarmente con el mismo nombre.

Tales ideas se generalizaron, y tanto el Sr. D. Fernando Ramírez como el Sr. Orozco las aceptaron. Éste, en su *Historia antigua*, dice: (1) «Preparada la víctima segun las prescripciones del rito, cuatro de los oficiantes la tomaban de los brazos y piernas, y alzándola en alto la colocaban de espaldas encima del *techcatl*; el quinto ministro le ponía sobre el cuello una collera de madera (esta pieza llamada por los autores collera y el yugo, era de madera ó de piedra, labrada curiosamente y en forma á veces de culebra) á fin de tener colgante la cabeza, y tal vez para hacer refluir la sangre hácia el pecho.»

Yo, en mi *Historia antigua de México*, digo: (2) «Cuatro *chachalmeca* embijados de negro, con las cabelleras revueltas, ceñidas las cabezas con unas vendas de cuero y sobre la frente unos pequeños *chimalli* de diversos colores, y con trajes blancos bordados de negro, llamados *papaloquachtli*, tomaban á la víctima por los pies y las manos, y la echaban de espaldas sobre el pequeño plano formado por la punta del *techcatl*, con lo cual le quedaba levantado el pecho, y se hacía más fácil el abrirlo y arrancarle el corazón: el quinto *chalmecatl* con igual traje, ponía en el cuello del sacrificado el yugo, cuyo peso hacía levantar más el pecho, y produciendo la asfixia disminuía los sufrimientos de la víctima. En esta postura sobre el tajón, que tenía como un metro de alto, era tan fácil el sacrificio, que Durán dice que en dejando caer el cuchillo encima del pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio como una granada. El sexto sacrificador era reverenciado como sumo sacerdote, y su nombre y traje variaba según las solemnidades: su vestido era generalmente una manta roja á manera de dalmática con fleco verde por orla, una corona con ricas plumas

(1) Tomo I, página 157.

(2) Página 751.

verdes y amarillas en la cabeza, orejeras de oro con esmeraldas, y bezote de piedra azul. Este sexto sacerdote era quien con el cuchillo de pedernal abría el pecho á la víctima, y arrancándole el corazón con ambas manos, lo levantaba con la diestra ofreciéndole el baho al sol, y después en lo general se le arrojaba al dios á quien se hacía el sacrificio, si bien otras veces se llevaban los corazones al *cuauhxicalli*, según hemos visto, y á ocasiones los comían los sacerdotes.»

El Sr. Troncoso se ha separado de la opinión general, y al describir los fotografiados de los objetos del Musco, presentados en la Exposición colombina de Madrid, dice: «YUGO DE PIEDRA cubierto de hermosos relieves que representan grecas. En la descripción del cuadro XII, Sala II, he dicho ya que, á mi entender, eran estos objetos piedras penitenciales.» (1) En efecto, describiendo el Códice Colombino, escribe: (2) «En la faja 54 de la página XIX hallamos vehementes indicios de uno de los destinos á que se consagraban las piedras conocidas con el nombre de yugos, y que á mi entender no eran más que piedras penitenciales; idea nueva que someto al examen de los inteligentes, pues aun cuando ciertos objetos semejantes á los yugos se vean también sobre el cuello y la cintura en algunas figurillas mayas y tuztecas, y en el código «Colombino» parezcan servir sólo de respaldo á los penitentes, podrá ello significar que en aquel caso estaban en uso y en el otro no.» Naturalmente en el Museo pasan ya los yugos por objetos de culto nada más.

Creemos que el Sr. Troncoso se preocupó con la pintura citada del Códice Colombino; y ni siquiera nos parece ver en ella representado el yugo. Se trata de un asiento á manera de cama con dos respaldos: los dos tienen forma de arco; el más pequeño queda detrás de una figura sentada; y junto al mayor, del tamaño de la mitad de la figura, están dos piernas rojas con pies amarillos. En esto solamente vemos un simbolismo astronómico, y nada de penitencia. Las penitencias que hacían los indios, atravesándose puas de maguey ó pajas, están representadas de modo muy distinto en el Códice Mendocino. Además: la altura del arco, que aquí es tan sólo un adorno del asiento, es tal, que por lo menos nos daría cuatro veces la de los yugos, pues todos los conocidos son poco más ó menos del mismo tamaño. Debemos, pues, juzgar, como dijimos, una preocupación del Sr. Troncoso tal idea.

Pero todas las novedades encuentran prosélitos; y según nos han referido, un escritor americano ha sostenido últimamente que los yugos eran objetos de culto que se guardaban en los templos, se sacaban en procesiones, y eran además representación de las partes genitales de ambos sexos; y al yugo le da el nombre de Piedra sagrada de los mayas. No conocemos su obra, y únicamente de ella hemos tenido referencias.

De estas opiniones admitiríamos fácilmente que los yugos se guardaban en los templos: sin duda se les colocaba horizontalmente, como se infiere de tener la parte inferior sin labrar, sobre un pedestal de 5 pies de altura, según dice Solís, pues á éste se refiere y no á la altura del yugo, como creyó el Sr. Gondra. Verosímil es que sacaran el *Quechytetl* en procesiones, dada su significación teogónica y astronómica. Bien puede representar el *Xipe* por su forma, y la vagina en su oquedad. Pero de todo esto no se infiere que su principal empleo no haya sido el colocarlo en el cuello de la víctima durante el sacrificio.

De ésto hay pruebas concluyentes. Primera: su nombre, pues *Quechytetl* significa piedra del cuello. (3) Segunda: las pinturas jeroglíficas. Citaremos dos única-

(1) Catálogo cit., tomo II, página 418.

(2) Id., tomo I, página 59.

(3) Recordemos la palabra del himno á *Tlaloc*: *teiscalliquetl*. *Iscalli* es la casa de luz, la misma vía-láctea, y *te* y *que* las raíces de piedra y cuello. La paráfrasis de esta voz compuesta sería: la piedra del cuello que representa á la vía-láctea.

mente, pues son bastantes para nuestro objeto. Una es la de la lámina 4.^a del tratado 2.^o del P. Durán. Allí se ve materialmente al sacerdote que pone el yugo en el cuello de la víctima. Durán, explicando esta pintura, dice: (1) «le hechaua la collera á la garganta.» La otra pertenece al Códice Ramírez. Dice el texto: (2) «el quinto destes ministros le echaba el collar á la garganta;» y en la lámina respectiva así se ve, con la particularidad de que la collera tiene la forma de culebra bicípita, una de las representaciones de la vía-láctea. Tercera: esta es concluyente, pues en el yugo de mi colección se ve la sangre de los sacrificados, la cual ha penetrado y está imborrable en la parte blanca, sin duda por ser la más blanda de la piedra.

Además, esto era perfectamente lógico. Los dioses creadores habían hecho al hombre, y como al mismo tiempo eran los destructores, ellos recibían á la víctima y concurrían á su muerte: el dios creador representado por el *Xipe* del *techcall*, y la diosa creadora por el yugo. Así todo resulta armónico en la teogonía nahua.

Ahora bien: el Dominicano Ríos, interpretando la lámina 23 del Códice Telleriano-Remense, dice: (3) «*Tamoancha* ó *Xuchitlycacan*.—Quiere dezir en romance, allí es su casa donde avaxavan y donde estan sus rosas levantadas.—Este lugar que se dize *Tamoancha*, ó *Xuchitlycacan*, es el lugar donde fueron criados estos Dioses que ellos tenían, que así es tanto como dezir el Paraíso terrenal; y así dizen que estando estos Dioses en aquel lugar, se desmandavan en cortar rosas y ramas de los arboles; y que por esto se enojó mucho el Tonacateutli, y la mujer Tonacacihua, y que los echó de aquel lugar; y así venían unos á la tierra, y otros al Infierno, y estos son los que á ellos ponen los temores.» A reserva de tratar en su oportunidad de la importantísima fábula de la echada de los dioses, llamaremos ahora la atención sobre la circunstancia de haber sido el *Tamoancha* el lugar en que fueron creados, pues ya sabemos cómo sucedió ésto en la vía-láctea. Encontramos además llamado Paraíso el *Tamoancha* como el *Tlalocan*, lo cual en nuestro concepto los identifica. Rémi Siméon, en su Diccionario, (4) traduce la palabra de la siguiente manera: «TAMOANCHAN, s. Especie de paraíso terrestre que se coloca generalmente en las regiones septentrionales de México, y de donde vinieron los Aztecas. Sahagún dice que *Tamoanchan* es una alteración ó un equivalente de la expresión *tic-temoa ochan*, «buscamos nuestra casa.» Aquí vemos á la leyenda procurando confundirse con la teogonía; pero reconociendo siempre la igualdad del *Tamoanchan* y el *Tlalocan*. La etimología dada por Sahagún resulta, pues, inaceptable. Nosotros creemos *Tamoanchan* palabra de alguna lengua del sur, ó voz híbrida introducida en el mexicano.

La pintura del Códice Telleriano-Remense á que se refiere el Dominicano Ríos, nos va á dar mayor luz. Está en la página 23, y es un árbol florido. La circunstancia de estarse quebrando y manando sangre, simboliza un mito del cual aun no es tiempo de que tratemos. Ya vimos atrás, cómo el árbol florido había sido la metamorfosis de la vía-láctea *Cuetzpalin*, metamorfosis consignada en la página 14 del Códice Borgia. Pues bien; ese mismo árbol florido, enteramente idéntico, con su boca de lagarto por raíz, aparece quebrado y sangrando en el centro de la página 24 del mismo Códice, y en su parte superior izquierda está el mismo, enhiesto, rodeado de la culebra roja y azul con signos de la palabra, que es la vía-láctea, y tiene por raíces los dientes de *Tlaloc*. Todo concurre, pues, á demostrar lo antes dicho: *Tlaloc* es una de las deidades representantes de la vía-láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales.

(1) Historia de las Indias de Nueva España. Atlas y tomo II, página 94.

(2) Lámina XXIII, y página 101 del texto.

(3) Tomos I y V del Kingsborough.

(4) Página 389.



LIT DEL TIMBRE IMPRIMIO



Máscara de Tlaloc, de obsidita.

G. LOPEZ, LIT.

COLECCION CHAVERO.

